

EL NAHUAL Y EL DIABLO EN LA COSMOVISIÓN DE UN PUEBLO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Isabel Lagarriga Attias

Dirección de Etnología y Antropología Social - INAH

Las figuras del nahual y el diablo surgen de dos cosmovisiones distintas y se mantienen hoy en día, en nuestro país, distribuidas en la población de manera diferenciada. El nahual aparece, en gran parte de los grupos étnicos de México. El concepto de diablo se extiende tanto en el medio rural como en el urbano, donde asume papeles que van desde la idea del mal *per se* del pensamiento cristiano, hasta la de un personaje fantasmal que engruesa las filas de "los aparecidos".

El nahual surge en el México prehispánico, conceptualizado como "un mago que puede transformarse en otro ser" (López Austin, 1980: 422). De este modo el nahual se convierte, principalmente, en animal: jaguar, serpiente, ave, perro, comadreja, etc., aunque también es factible que entre sus metamorfosis tengamos la de viento, bola de fuego o meteoro o como dice Villa-Rojas (1985: 536), es posible que aparezca como un ser pequeño con forma humana. Se conoce como nahual tanto a la persona como al animal en el que esta última se convertía. Cronistas como Ruiz de Alarcón y Jacinto de la Serna derivan el nombre del verbo *nahualtia* que significa "escondarse, ocultarse" (López Austin, 1987: 95).

En la sociedad prehispánica la predisposición a ser nahual se ligaba con el signo bajo el cual se nacía. Aguirre Beltrán (1963), nos dice que el nacimiento del nahual ocurría bajo el signo Ce quiahuitl y López Austin (1980: 413) señala que podía ser nahual

un niño si era noble y además era ofrecido al agua el día de Cechecatl, que estaba dedicado a Quetzalcóatl (e-Ehecatl).

Del nahual se pensaba también que durante su gestación desaparecía 4 veces del vientre de su madre. Otra de las creencias sobre el nahual es la de su conocimiento del Mictlán, la de que no tenía mujer y vivía como penitente en el templo (*ibid.*: 419).

El nahual podía hacer el bien o el mal. En el primer caso se consideraba que era sabio, adivino, poseedor de discursos, auxiliador de sus semejantes, desencadenador de la lluvia y repeledor del granizo. El nahual maligno se caracterizaba por tener hechizos para seducir, lanzar conjuros y turbar a la gente (López Austin, 1980: 418).

Hasta la fecha se mantiene la creencia de que el nahual se transforma en animal, con el propósito de dañar a sus semejantes, durante la noche. Si el animal es atrapado y permanece sin librarse hasta el amanecer, su muerte es inminente. En caso de ser herido cuando tiene la forma de animal, al día siguiente, el nahual que ya recuperó su identidad humana, mostrará las huellas del maltrato que sufrió, en la parte del cuerpo que en el animal fue afectada. Cuando se le da muerte en su manifestación zoomorfa, puede encontrarse muerto con su forma humana ya recuperada. Si se le agrade como animal puede salvarse si logra regresar a su casa antes del alba.

Pero el nahual no sólo es un humano que se transforma en animal, bola de fuego, rayo, etc., sino que puede ser una entidad anímica que sale de su poseedor humano y penetra en el cuerpo de su víctima para enfermarlo lentamente, chupar su sangre, comerse su corazón o robarle algún elemento vital. Entre los tzetzales actuales se cree que se encuentra en el corazón en el día, y en la noche es cuando se convierte en animal para dañar.

Al nahual, actualmente, se le considera, en la mayor parte de los casos, como un ser maligno que casi siempre se convierte en un animal cuyo grado de ferocidad va en relación con el poder atribuido al ser humano que tiene esta característica. El nahual puede recorrer grandes distancias, robar animales o maíz, realizar proezas que en su forma humana no sería capaz de llevar a cabo. Ya Sahagún (ed. 1985: 555) señalaba que "el nahual de noche espanta a los hombres y chupa a los niños". Se dice que también lucha con los nahuales de otros pueblos para defender a su comu-

nidad y de ese modo realiza una acción benigna (Sheffler, 1983: 87).

Los procedimientos para llegar a ser nahual, hoy día, van desde la herencia de poderes paternos, la realización de ejercicios, uso de drogas, hasta lectura de libros de magia como describen W. Madsen y C. Madsen (1972: 60) para las áreas suburbanas de la ciudad de México, o el revolverse en ceniza.

Como ya lo dijimos, se piensa que la mayor parte de las veces, el cuerpo del nahual se convierte en animal, pero en ocasiones se cree que simplemente permanece dormido sin transformarse, mientras ejerce su acción desdoblándose en animal (Olavarrieta Marengo, 1974: 168). Así se supone que es como lo hacen los tzetzales y nahuas, que hay algo interno en este especialista que en el día descansa y en la noche vaga por el exterior (López Austin, 1980: 424, Villa-Rojas, 1985: 536).

Entre los tzeltales de Chiapas, estudiados por Villa-Rojas (1985), el nahual es un espíritu familiar adquirido por los ancianos o personas destacadas del grupo. Este espíritu es incorpóreo y se materializa en las formas comunes antes citadas (Villa-Rojas, 1985: 538) y se cree que ronda por la noche, vigila la conducta de los miembros del grupo, castiga a los infractores, a los que tienen relaciones sexuales ilícitas (incesto), a los egoístas, codiciosos y lujuriosos. De igual modo castiga aquellos que quieren vivir como los blancos, a los que hacen ostentación de su riqueza, a los que tienen una milpa más grande, o a los que ofenden a otros. Realizan, entonces, un papel importante de control social. En estos grupos, los jefes de clan o de linaje, son los poseedores de nahuales, y consecuentemente juegan un papel importante en el control de las relaciones de parentesco. El autor encontró que algunos yernos deseaban matar a sus suegros e incluso llegaban a hacerlo, por considerar que eran nahuales y les causaban daño a ellos o mataban a sus hijos (*op. cit.*: 5).

Son distintos los nahuales de cada hombre. Los de las personas comunes y corrientes son inofensivos y vuelan bajo, mientras que sucede lo contrario con los de los jefes. Los hombres entre los tzeltales, para lograr su supervivencia, cuentan con varios nahuales, por lo menos tres, pues si llegan a presentar una conducta indebida (descortesía, alcoholismo, etc.), corren el riesgo de perder un nahual, de ahí que si sólo tuvieran uno, una sola infracción les

costaría la vida (Hermitte, 1970). Esta idea, de que todos los miembros de un grupo poseen uno o más nahuales, se liga a otro concepto muy extendido que es el del tona o animal compañero. Ambos conceptos a veces se confunden o pueden ir aparejados. Cuando el nahual y el tona se distinguen, la diferenciación es clara, pues el nahual es un hombre con el poder de transformarse en animal u otro ser; mientras que el tona es un animal que entabla una relación mágica con el individuo desde su nacimiento, de manera que todo lo que le pasa al primero repercutirá en el segundo y viceversa.

Aguirre Beltrán (1963: 103) considera la figura del nahual no sólo como elemento de control social, sino también ligado a reacciones de resistencia contra la cultura impuesta por los conquistadores.

Hemos visto, en una forma somera, el concepto de nahual, desde el México prehispánico. Tratemos ahora del diablo.

El concepto del diablo aparece en el momento de la conquista derivado del pensamiento cristiano. En el Nuevo Testamento se considera a Dios caracterizado por su bondad. Este ser puede identificarse, con la palabra divina y con su hijo Jesucristo. Aparece también otra entidad "que opone el mal a la bondad de Dios y la oscuridad a su luz" (Burton Rusell, 1986: 29-30). En griego recibe el nombre de "diabólicos" (el adversario) que viene a ser la traducción del hebreo "Satán" (el obstructor). Si bien el diablo está subordinado a Dios, lucha constantemente contra él. El Diablo es el príncipe de la tierra que se opone a Jesucristo, cuyo reino, por cierto, no es de este mundo (*ibid.*). Vemos pues que el diablo o demonio personifica al mal en la concepción judeo-cristiana, y difiere de la concepción del México prehispánico en la que la dualidad bien-mal era inherente a las deidades.

Desde la llegada de los doce frailes evangelizadores trata de implantarse, en el nuevo mundo conquistado, la creencia en un Dios único, todopoderoso, omnipresente y omnisciente, "fuente del ser" y la vida, principio de las cosas, rico en deleites, poderío y majestad (Aguirre Beltrán, 1986: 138). Este Dios es bueno, no hay en él una pizca de maldad. El malo, su opositor, es Lucifer, que como enemigo de los hombres hace a los indígenas creer en falsas deidades. Los españoles hacen que Tezcatlipoca, Huitzilopochtli, Quetzalcóatl, Mixcóatl, Tláloc y muchos más de los dioses

indígenas, pasen a ocupar el lugar del diablo. No en balde los cronistas se refieren a las representaciones de estos dioses como ídolos o demonios, y agregan que a ellos se les dedican terribles ceremonias (*ibid.*: 139).

Se piensa en el panteón indígena como "un mundo de tinieblas presidido por Lucifer" (Veckmann, 1984, I: 220). El choque que sufre el conquistador en el encuentro con lo indio, le hace percibir las representaciones escultóricas y pictóricas de los dioses prehispánicos como portadores de las características del demonio (*ibid.*: 212). El demonio es percibido, en muchas ocasiones, zoomórficamente: ave, alacrán, serpiente, cuervo, coyote. Conforme a las creencias traídas por los españoles, podía entrar al cuerpo de los sacerdotes o de otros mortales, siendo entonces necesario exorcizarlo. (Aguirre Beltrán, 1963: 32-35). En la imaginación popular colonial, aparecía como una mula que echaba lumbre por el hocico, o en la forma de hombres o mujeres, jóvenes o viejos, según la edad de las personas que tentaba. Se le llegó incluso a ver como "una negrita que tocaba música celestial", y a decir que Lucifer hablaba con los indios para incitarlos a deshacerse de los conquistadores (Veckemmann, *op. cit.*: 215-216).

La figura popular del diablo, en Europa, se había conformado a partir de los elementos de las antiguas religiones paganas. De esta misma manera, en el Nuevo Mundo, se integran a su concepción las ideas que animaban a las creencias religiosas indígenas, despojándolas de su función original y deformándolas para personificar con ellas la maldad. De igual modo que los ejecutores de los antiguos cultos precristianos de Europa son visualizados como personas que tienen pacto con el demonio, así también se piensa de los sacerdotes y magos prehispánicos. Los rasgos más acusados de la figura estereotipada del diablo, hacen que se les asocie en mayor medida con Tezcatlipoca, ya que este dios se hallaba relacionado con la noche, las cuevas, el negro y el rojo, y además tenía una gran facilidad para transformarse (Olavarrieta Marengo, 1974: 242).

Las concepciones popularizadas de lo que es el diablo europeo del periodo de la conquista perduran hasta nuestros días. Con el demonio se hace pacto para que alguien pueda convertirse en brujo. El diablo se aparece en múltiples formas para tentar a los hombres o simplemente para dañarlos y afectarlos en su salud por el

susto que provoca su presencia. Puede en ocasiones llegar a poseer a los hombres. Se le percibe como perro; macho cabrío con patas de chivo, cola y cuernos; o se le ve como un joven apuesto, una serpiente o el charro negro, entre otros.

A continuación veamos cómo se conceptualizan el nahual y el diablo en la Candelaria, Coyoacán, uno de los pueblos de la ciudad de México.

La Candelaria es uno de los cuatro pueblos que todavía subsisten en la Delegación de Coyoacán de la ciudad de México. Sus 10 000 habitantes se caracterizan por conservar elementos de una cultura hasta hace poco (en los cincuenta) campesina, enclavada actualmente dentro de la mancha urbana. Desde el México prehispánico, el lugar se caracterizaba por su gran profusión de agua, misma que les fue retirada, en esos mismos años, por la construcción de fraccionamientos residenciales aledaños. La urbanización que vino a darse en ese tiempo, propició un cambio de actividad entre los habitantes del pueblo. De asentamiento campesino, de cultivadores de flores y hortalizas, vino a convertirse en barriada de trabajadores que empezaron a laborar en pequeñas fábricas cercanas. Se conservaron, sin embargo, algunas actividades artesanales con flores, como la elaboración de coronas y portadas. Se mantuvo la fabricación de canastas, y la costumbre de hacer tapices de aserrín para sus fiestas. Algunas personas continuaron dedicándose a la herrería y a la cohetería. No obstante ese cambio de actividad que se vieron obligados a realizar, perduran como decíamos antes, aspectos culturales más ligados a la cosmovisión campesina. De este modo, destaca la práctica de una religiosidad popular en la que sobresalen la celebración de 10 fiestas religiosas al año (Mora, y Quintal, 1990), siendo las principales las del Señor de las Misericordias (septiembre), en las que hay una circulación ritual de la imagen de este Cristo, y en la que participan varios poblados vecinos a lo largo del año. Otra fiesta destacada es la de la virgen de la Candelaria, cuyos festejos son en febrero, considerando el día 2 de ese mes como el inicio del año nuevo. Es importante también la celebración de los días de muertos el 31 de octubre y el 1 y 2 de noviembre (Lagarriga, 1987), la celebración de Navidad, la semana santa, en la que hay una representación teatral, y el carnaval.

Existe en el lugar, desde el siglo XVI, una iglesia católica que

cuenta con un párroco de planta. La religión se vive mediante expresiones de la llamada religiosidad popular en la que subsiste la costumbre de las mayordomías, la celebración de la fiesta del santo patrón y la participación en peregrinaciones. Los sacerdotes se han opuesto a algunas de esas prácticas, lo que ha propiciado cierta separación entre la organización religiosa propia de la comunidad y de la iglesia a la que se concurren únicamente para la búsqueda de los sacramentos, la veneración y custodia de los santos, la celebración de la misa y el rezo del rosario, principalmente.

Complementan el panteón cristiano que es el dominante, la creencia en seres malévolos, tales como "aparecidos" (muertos, la llorona), el nahual y el diablo. Empero, todos estos seres están relegados como supervivencias de viejas tradiciones provenientes del México prehispánico, como es el caso del nahual o del periodo colonial, como sucede con los dos restantes.

A continuación presentamos cómo son concebidos el nahual y el diablo en ese pueblo de la Candelaria. Para saberlo hemos tomado una muestra representativa de 20 familias entre las que realizamos entrevistas a sus integrantes, abarcando una gama de edades que iba de ancianos, adultos maduros, adultos jóvenes, hasta adolescentes. Se tomaron a hombres y mujeres en igual proporción. Es preciso enfatizar, que en todos los casos se trataba de informantes muy apegados a su religión.

Todos los entrevistados pensaban que el nahual y el diablo existían. La figura de este último se encontraba desacralizada. Su esencia de espíritu esencial del mal se ha perdido aunque permanece como instrumento de control social.

El nahual es visualizado en la Candelaria bajo la forma de un perro que puede o no arrastrar cadenas, o como un perro que se aparece con un tamaño pequeño pero que a medida que se acerca a su víctima adquiere mayores proporciones. Se dice que los nahuales en su forma humana presentan en su cara rasgos de perro, y que no muestran signos de envejecimiento a pesar del paso de los años. Se puede ver al nahual también como un burro o un becerro. Son nahuales los hombres que han cometido incesto al casarse con su prima hermana o que han sido maldecidos al faltarle el respeto a sus padres. Según la distinción local, sólo los hombres son nahuales. Las mujeres pueden ser brujas. Las hay de

dos tipos: brujas y hechiceras. Las primeras son aquellas que tienen el poder de transformarse físicamente en bolas de fuego y trasladarse de un lado a otro sin escoba. Las hechiceras son mujeres que emplean hechizos para realizar acciones maléficas o benéficas, es decir, estas especialistas pueden matar o curar. A pesar de esta definición, hasta ahora no hemos conocido a nadie reputada como bruja en el lugar.

A los nahuales se les menciona por su nombre propio. Algunos de ellos son considerados inofensivos, aunque comúnmente se cree que roban cosas y animales. Se supone que los poderes del nahual se transmiten por una herencia familiar que viene desde el tatarabuelo. Los hijos pequeños no pueden ser nahuales. Esta "maldición" se adquiere en edad adulta.

También se piensa que este poder se alcanza mediante el estudio de las ciencias ocultas, lo que permite obtener la capacidad de metamorfosis. Se asevera que en el momento de la transformación en animal, el nahual se halla en estado de inconsciencia y actúa por instinto.

El diablo, al que en ocasiones se le designa con el nombre de chamuco, es percibido bajo la forma de un charro, un catrín, un ser largo con cuernos, cola y sonrisa burlona, o como un hombre joven vestido de manera "normal" o como un charro negro montado en un caballo. Puede ser un hombre blanco, alto, de traje con gorrito de marinero, o también un hombre grande, elegante, de risa agradable con sombrero de revolucionario.

Al diablo llega también a conceptualizársele de manera abstracta, como el mal en sí, presentándose como la *contaminación* producida por no afinar los coches o por tirar basura. "Eso es el diablo", se nos dijo. Se habla de que el diablo vive en las cuevas. También se le llega a identificar con el grupo policiaco de los "zorros" y con el gobierno.

Entre las actividades del diablo o diablos, pues pueden aparecerse varios, están la de tentar a la gente ofreciéndole dinero: "Un diablo se aparecía a sus víctimas, les ofrecía dinero y si aceptaban los llevaba a una cueva y ahí desaparecían". "Sólo el diablo tiene facilidad para ofrecer dinero, porque anda suelto. Eso no lo puede hacer Dios". Se cuenta también que en una de las calles del pueblo, llamada la Gloria, salían dos diablos en forma de charros y jugaban baraja toda la noche. Y al amanecer desaparecían.

A veces el diablo jala una carretilla en la que se lleva a sus víctimas. Se aparece en el pueblo para llevarse niños y adultos. A diferencia del nahual que no hay forma de contrarrestarlo (para las brujas sí existen esos medios), al diablo se le enfrenta con rezos, con la asistencia de una iglesia católica cercana para imponerles los evangelios, con el uso de agua bendita y la imagen de San Miguel Arcángel en la que aparece en combate con el demonio, ya que en la Candelaria el sacerdote no acepta hacerlo. Es común que se les aparezca con frecuencia a los moribundos. Algunos lo ven debajo de su cama porque quiere llevárselos. Para evitarlo se reza, se esparce agua bendita y se coloca un crucifijo en la cabecera de la cama.

Veamos ahora cuáles son las influencias culturales distintas que aparecen en la concepción de estos personajes.

Elementos prehispánicos: no es necesario resaltar la importancia de la continuidad histórica del nahual. Hasta hoy en día el antiguo Tlacatecolotl, el hombre búho dañino que convertido en animal realiza sus fechorías nocturnas, sigue presente incluso en un enclave de origen rural dentro de la urbe. No obstante, la concepción del nahual en la Candelaria mantiene más elementos provenientes del periodo colonial.

Elementos de origen occidental: incluso en la percepción del nahual los encontramos. Se convierte en perro grande (para entender el carácter occidental de la transformación a la que nos referimos hay que recordar que los perros del México prehispánico eran pequeños). También puede ser burro o becerro, todos ellos animales introducidos por los españoles.

En el caso del diablo se le figura como un perro negro, un cerdo, un hombre montado a caballo, un ser alargado con cuernos y cola. Representaciones que nos recuerdan a las descripciones de este personaje en el periodo de la colonia.

Los rasgos mencionados también es posible dividirlos en rurales y urbano-populares. Así, en el nahual hallamos que la forma de heredar esta capacidad de metamorfosis y el tipo de fechorías que realiza, son similares a las que se presentan en diversos grupos étnicos del país. Del mismo modo sucede con su papel de regulador de las relaciones de parentesco y como inculcador de pautas de respeto a los padres. El nahual vigila las normas y valores del grupo. En este último aspecto y para el caso del diablo,

sucede lo contrario: el demonio es el que rompe la armonía, juega cartas en la madrugada, y compra con engaños las almas de los hombres. Su aparición se asocia mucho al alcoholismo o a situaciones propiciadoras por el rompimiento de las normas.

Entre los rasgos urbanos, producto de la ubicación de este pueblo, tenemos que entre las maldades del nahual está la de robarse los tanques de gas de las casas, lo que viene a sustituir al robo de antaño de los animales domésticos.

Vemos pues, que si bien en la concepción del nahual y el diablo en esta comunidad, permanecen elementos que datan desde el México prehispánico o de la época colonial, el papel que juegan es distinto al que puede presentarse en otros grupos del país.

Ambas figuras no son consideradas como opresivas en sí mismas, en el sentido de que despierten una angustia constante en los habitantes del poblado. Lo mismo sucede con otros aparecidos. En este grupo, la práctica religiosa tiene visos de popular. Sus expresiones, sin embargo, entran en conflicto con el orden religioso impuesto por la iglesia establecida, cuyo control social, a partir de conceptualizaciones de orden abstracto, es posible que no sea lo suficientemente fuerte. Por ese motivo, la misma comunidad recurre a personajes mantenidos tradicionalmente y reconocidos por todos, para que sirvan de control social y como focos de resistencia a las imposiciones de otros valores culturales, que con dificultad son asimilables para su imaginación. En este caso el nahual viene a cumplir, sin problemas, dicho papel. Lo mismo sucede con la figura del diablo, un tanto despojada de su valor teológico abstracto.

Puede decirse que la práctica de una religión del aquí y el ahora, propia de los seguidores de las religiones populares, los orilla a buscar un castigo, no en el más allá, sino en la tierra, una condena en la vida. El nahual satisface una necesidad de esa naturaleza. El diablo actúa llevándose las almas, sus tentaciones son las del dinero, reflejo de lo que más se ansía en una sociedad capitalista como la nuestra. El adquirir riquezas es difícil por lo que sólo se consigue y obtiene por intermedio del mal. He aquí pues, cómo a través de estos seres malignos: nahual y diablo, se presenta una regulación económico social del grupo. Las normas de parentesco no se pueden infringir, ni tampoco romperse por falta de respeto a la jerarquía doméstica. Se establecen límites para la posesión de

riquezas. Dos construcciones recogidas de la tradición popular: el nahual y el diablo intervienen en lo social y lo económico, sirven como coadyuvantes de un modo de vida que ha logrado mantenerse con rasgos no del todo urbanizados, pese a los embates de la ciudad.

ABSTRACT

In Mexican folk belief two mythical persons exists who survive to our days: the nahual and the devil, of Prehispanic and Spanish origin, respectively.

They play an important role in social control, mainly among some indigenous and *mestizo* groups.

In this article I discuss the function of the nahual and the devil in a village which is part of the city of Mexico, surrounded by the metropolis, the Candelaria Sector of Coyoacan.

This neighborhood has a prehispanic origin of nahua culture, where rural patterns of life are still preserved and where these mythical beings are until today prominent in local thought and activities.

BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo

1963 *Medicina y magia*. Instituto Nacional Indigenista, México.

1986 *Zongolica: encuentro de dioses y santos patronos*. Universidad Veracruzana, México.

BURTON RUSELL, Jeffrey

1986 *Satanás. La primitiva tradición cristiana*. Fondo de Cultura Económica, México.

HERMITTE, M. Esther

1970 *Poder sobrenatural y control social*. Instituto Nacional Indigenista, Ediciones Especiales 57, México.

LASARRIGA ATTÍAS, Isabel

1987 *Ceremonias mortuorias en la Candelaria, Coyoacán*. Ponencia presentada en el 1er. Congreso El estudio de la muerte en México, INAH, México.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo

1967 "Cuarenta clases de magos del mundo náhuatl". *Estudios de Cultura Náhuatl*, VII: 87-117.

1984 *Cuerpo humano e ideología*. UNAM, México.

MORA, Teresa y Ella F. QUINTAL

1989 *Fiestas tradicionales del pueblo de la Candelaria, Coyoacán, D.F.* Cuaderno de Trabajo 37, INAH, México.

OLAVARRETA MARENCO, Marcela

1974 *Magia en los tuxtlas*. Tesis de Antropología Social, Universidad Veracruzana, Xalapa.

SHEFFLER, Lilian

1983 *Magia y brujería en México*. Editorial Panorama, México.

VECKMANN, Luis

1984 *La herencia medieval de México*, t. I. El Colegio de México, México.

VILLA ROJAS, Alfonso

1985 "Kinship and Nagualism in a Tzeltal Community Southeast Mexico", *Estudios Etnográficos. Los Mayas*. UNAM, México, pp. 523-534.

1985 "El nagualismo como recurso de control social entre los grupos mayenses de Chiapas, México", *Estudios Etnográficos. Los Mayas*. UNAM, México, pp. 535-550.